



Hans Kohloff, proyecto para Alexanderplatz, Berlín; 1992.

(...) Fue cuando el movimiento «revolucionario» sufrió un parón y la forma de vida alemana fue «determinada con precisión para los mil años venideros», cuando el movimiento aparentemente debería coexistir con la pausa, la violencia con la calma y la vida con la muerte. Y esa coexistencia, como se ha visto, era inseparable de la autopurificación del pueblo y del Reich alemanes, que la *Weltanschauung* nacionalsocialista trataba de conseguir mediante la imposición y la movilización orientada hacia una imagen eterna.

(...) Jamás un pueblo y su arte se encontraban sometidos a la misma limitación temporal. Atravesando los siglos y los milenios con el énfasis que le era habitual, la esneñanza que sacaba de la meditación sobre las ruinas no era la del historiador ni la del filósofo sobre la decadencia de los imperios y la vanidad de todo poderío, sino más bien la de un artista que intenta evaluar sus propias oportunidades de supervivencia en la inmortalidad de su Obra.

(...) Dejaba suponer, sin embargo, una verdadera transubstanciación de la Comunidad, más allá de su desaparición masiva y de su resurrección masiva en el arte, cuando un pueblo surgido de la misma sangre sería capaz de comprenderla nuevamente. Todos debían, por tanto, aprender a afrontar ese destino común, a adelantarse a su propia muerte individual para construir una *vita nova*, la vida superior y eterna que animaría el arte de la Comunidad.

**Éric Michaud**  
Profesor de la  
Universidad de  
Ciencias Humanas  
de Estrasburgo.